

porque temia que hubiese muerto. Esta carta, que tiene fecha de 12 de Enero de 1693, es la primera de su correspondencia, que duró hasta el fin del año 1699, en que murió el padre Bray. La solitaria se valia de un traginero, hombre sencillo y seguro, para que llevase las cartas y trajese las respuestas; y con algun poco de dinero que su caritativo director solia enviarla tal cual vez, compraba las cosas absolutamente necesarias que no podia adquirir de otro modo, como algunos instrumentos del arte de ensamblador y escultor, que servian para diversificar sus ocupaciones, agujas, hilo y algunos retazos de tela para componer el vestido, que aunque era sencillo, estaba siempre aseado cuando se presentaba en la Iglesia. En cuanto al alimento, iba dos dias á la semana á las dos abadías inmediatas, hasta que se acostumbrió á no comer pan. Entonces ya se alimentó solamente con raices y frutas silvestres, como ciruelas, carnizolas, nísperos, servas, fabucos, castañas y avellanas; y aun creia que estas malas provisiones la proporcionaban una abundancia que la quitaban el mérito de la pobreza.

No era esto lo mas sensible. ¡Qué situacion mas horrorosa que la de una muger absolutamente sola y sin abrigo, en especial durante la noche, en medio de una selva en que no se oian mas que las carreras y los aullidos de mil animales silvestres! Y aun en los dias mas despejados, ¡qué mayor tormento que la displicencia y tedio que causa la soledad continuada por semanas, meses y años enteros! ¡Qué se ha de

hacer un dia y otro dia entre cuatro peñas, desde que sale la aurora hasta que se pone el sol? Pero si el hombre animal no concibe las cosas de Dios, nuestra feliz solitaria, libre ya de la ilusion de los sentidos, y participando de la condicion de los puros inmortales, pasaba tres y cuatro horas, y algunas veces dias enteros, abismada como un serafin en la contemplacion del bien Supremo, y sumergida su alma en un océano de delicias.

Sin embargo, hallándose muy distante de tentar jamás al Señor, y de contar con unos favores de que se juzgaba sumamente indigna, se habia prescrito un método de vida que observaba con puntualidad, cuando los raptos del amor divino no embelesaban su alma hasta enagenarla de todo punto. En todo tiempo se levantaba á las cinco, hacia oracion hasta las seis, y la concluia con la hora de prima; despues de lo cual, si no iba á misa, la oia en espíritu, y leia algunos capítulos de la sagrada Escritura hasta las ocho. Luego trabajaba como unas dos horas, ya en componer sus ropas, ya en la carpintería ó en la escultura, ó ya en cultivar un jardinito que habia formado cerca de su habitacion. A las diez rezaba terciá, sesta y nona, despues se ponía en presencia de Dios á los pies de un Crucifijo, para examinar sus faltas y menores descuidos, sus intenciones, su correspondencia á la gracia y sus progresos en los caminos de Dios, con toda la exactitud y severidad que se puede presumir de una alma tan pura. Se imponia penitencias por todo lo que en su concepto podia mirarse



como falta. Estos ejercicios duraban dos horas. Al medio día tomaba su refacción, que era la única comida que hacía en todo el día; y después una especie de recreo, que consistía, cuando el tiempo estaba bueno, en pasearse encima de las rocas, admirando la grandeza de Dios en las obras de la naturaleza, y cantando algunos cánticos. Luego leía por lo común en la Imitación de Jesucristo, y en seguida hacía una deprecación afectuosa, en que esponía á Dios sus necesidades, sin pedirle otra cosa mas que el cumplimiento de su divina voluntad, y volvía á tomar el trabajo de manos hasta las cuatro. Entonces rezaba vísporas, y luego el rosario con meditaciones ó contemplaciones que duraban hasta las ocho, en cuyo tiempo visitaba un calvario que había formado ella misma, y cumplía las penitencias que se había impuesto. A las nueve se retiraba á la gruta que le servía de celda, la cual entarimó después por consejo de su director á causa de la humedad. Hacía oración y el exámen ordinario de conciencia, y después se acostaba para descansar hasta las once. Entonces se levantaba para rezar maitines (que los sabía de memoria), y para meditar ó contemplar hasta las dos de la mañana. Hecho esto, volvía á acostarse hasta las cinco. Para su gobierno en esta distribución de horas había hecho un reloj, cuya campana era también de madera. Tenía la santa solitaria una habilidad prodigiosa para todas las labores de manos.

2. Madama de Maintenon, que estimaba mucho al padre Bray, y solía confesarse con él, heredó de

este religioso un Crucifijo de madera de serval bravío todo de una pieza, que había hecho para su director aquella solitaria maravillosa, y causó admiración á los mas hábiles artistas. Esta alhaja inestimable por tantos títulos, fue regalada á las capuchinas de París, en cuyo convento se vé todavía con el título de su autenticidad, aplicado en caracteres muy legibles al reverso de la cruz. No sucedió esto con madama de Maintenon, pues por mas diligencias que se han hecho para descubrir los originales, no ha podido conseguirse hasta ahora. Pero tenemos copias, en las cuales se advierte por punto general un carácter de verdad que persuade á los críticos mas severos, y que no podrá haber imitado el impostor mas hábil. Era indispensable haber pasado por los caminos extraordinarios y sublimes que se esplican en estas cartas, para tratarlos con la unción y energía, y al mismo tiempo con la exactitud y sencillez que se advierten en ellas. Sin embargo, hay sobrados motivos para creer que es de otra mano todo lo que se dice contra el padre Guílloré, y acerca del famoso libro del desgraciado Fenelón.

Además del Crucifijo trabajado para el padre Bray, hizo la solitaria otros tres para su soledad: uno pequeño de seis pulgadas, que llevaba siempre consigo oculto en el pecho: otro de tres pies, que había colocado en la celda, para hacer en su presencia los ejercicios diarios de devoción; y el último de seis pies de alto, hecho del tronco de un tilo. Este le había colocado encima de una eminencia rodeada de



peñas, que la representaban el calvario. Las demás cosas que poseía (según la relación que hizo la misma solitaria al depositario de todos sus pensamientos), estaban reducidas á una Biblia, con un compendio de la vida de los santos (1): una imitación de Jesucristo, con un librito intitulado *relox del corazón*, y algunos papeles sobre la devoción al Santísimo Sacramento, un breviario romano, por el cual rezaba habitualmente, y tenía la satisfacción de entenderle, porque había aprendido el latín: un cuchillo pequeño y otro grande que servía de podadera: dos cinceles, dos gubias, dos berbiguies, dos taladros, dos cepillos, una sierra, un martillo y un banco: algunos centenares de alfileres y agujas, hilo blanco y negro, un par de tijeras y un dedal de cobre: dos escudillas, un jarro y un vasito, todo de madera: un saco, un cilicio y dos disciplinas: siete camisas de lienzo, que solo se las ponía para salir, dos de estopa y una de sarga parda: dos sayas, dos corsés, un manto, dos tocas de tafetan, seis de lienzo, un par de guantes, dos de medias de color gris, dos pares de zapatos y cinco gorros, tres de lienzo, uno de sarga blanca y otro de pieles. Solo usaba de éste en la soledad, y andaba siempre descalza. Una pañoleta, seis pañuelos de lienzo, un escapulario de la orden tercera de San Francisco, en la cual estaba admitida: un velo, algunas varas de cinta casera para atarse el pelo, que le tenía muy largo, dos peines y un espejito para peinarse cuando había de salir.

(1) *Cart. tercera al P. Bray.*

Estos eran todos sus bienes, los cuales prefería ella á los de los Reyes. Gozaba de la entera satisfacción de sus deseos en la santa obscuridad de su retiro; cuando el cielo, para desprender su corazón aun de las delicias más inocentes, permitió que se descubriese casi enteramente el lugar en que habitaba. Sus apariciones en las iglesias inmediatas, donde se la veía absorta en Dios, y más semejante á un ángel que á una mortal, habían inspirado los más vivos deseos de conocerla. Por mucho tiempo se la había mirado, ya como una estrangera desgraciada y reducida á abandonar su país, ya como una criada de alguna de aquellas aldeas, y ya como una mandadera de monjas; pero el tiempo y las averiguaciones hicieron ver que no había nada de esto: y cuanto más se obscurecía el misterio, tanto más se aumentaba la curiosidad. Al fin, tanto se trabajó en este punto, que llegaron á descubrirse las peñas de que estaba rodeada su habitación; y no necesitó más la solitaria para pensar en retirarse de allí.

Después de consultar al Señor al pie del Crucifijo, se trasladó, impelida (dice ella misma) de una fuerza irresistible, á treinta leguas de distancia, sin salir de los Pirineos, pero acercándose más á España (1). Había vivido cuatro años en la soledad de las rocas, y permaneció tres años en ésta, á la cual dió el nombre de abismo de los arroyos. En efecto, todos sus contornos anunciaban un abismo y un lugar aciago. Todo era rocas y cavernas, de donde salían muchos

(1) *Carta cuarta de 4 de Noviembre de 1696.*



animales silvestres, serpientes enormes y lagartos monstruosos que aterraban á los habitantes del país, y no les permitian acercarse á aquel parage. Pero pasadas aquellas rocas, se encontraba un vallecito esmaltado de flores, lleno de frondosidad, y regado con los arroyos que varias fuentes formaban. Habia tambien muchos géneros de frutas bastante buenas, y abundancia de miel silvestre escelente. Lo malo que tenia esta soledad era el infinito número de reptiles venenosos que habia en ella. Pero la solitaria sabia lo que habia prometido el Señor contra estos peligros, á los que se esponen á ellos por su orden; y la firmeza de su valor era igual á la vivacidad de su fe. Por lo demás, no irritaba á aquellos mónstruos, y ellos la dejaban quieta, como tambien á una ardilla, y á algunos otros animalejos que habia domesticado: lo cual la ofrecia un nuevo motivo para celebrar los beneficios del Criador, proveedor liberal y sustentador universal de todas sus criaturas.

Del mismo modo que en las inmediaciones de su primer asilo, encontró allí tambien un convento de religiosos; pero á una distancia mas considerable. Era menester andar tres leguas y media para llegar allá, y siempre entre montes, á lo menos saliendo de su precipicio, que estaba en el centro de una selva inmensa y espesísima. Lo que hubiera desalentado á cualquiera penitente, fue lo que determinó, para la eleccion de confesor, al ángel terrestre, ó á la muger celestial que no hallaba mayor peligro en este mundo que el de ser conocida en él. Se dirigió al

superior del convento, el cual la recibió con caridad, creyó que era una pobre doncella del campo, y no la hizo ninguna pregunta agena de su ministerio. En cuanto á la misa, habia al otro lado del bosque, como á distancia de legua y media, una ermita de San Antonio, adonde iba algunas veces á oirla; pero ya sea para ir á la ermita ó al convento, habia tantos caminos y veredas en un país montuoso y quebrado, que con dificultad podria descubrirse su morada.

Allí volvió á emprender pacíficamente nuestra solitaria sus primeros egercicios, preparó dos celdas en el hueco de dos peñas que habia allí cerca, y formó una capillita que adornaba con yerbas y flores del campo. Estas tres grutas estaban al oriente: hacia menos frio que en su primera habitacion, y era mas daspejada la atmósfera. La oracion, la contemplacion, los raptos y los éxtasis fueron aun mas sublimes que antes, y sin embargo observó siempre su método de vida y sus egercicios acostumbrados, siguiendo las sendas trilladas y huyendo de los caminos extraordinarios, en cuanto se lo permitia el espíritu de Dios. Así hacia rápidos progresos en la carrera de las virtudes, cuando no recibiendo respuesta á la carta diez y nueve que habia escrito al padre Bray, creyó que la causa de semejante silencio era la muerte de este caritativo director. Le decia en la citada carta, fecha á 17 de Setiembre de 1699, que sentia un deseo extraordinario de ir á Roma el año siguiente, á fin de recibir con mas abundancia las gracias del jubiléo; pero sugetaba su proyecto á la decision del



que miraba como el órgano del cielo, con respecto á ella. Luego que se persuadió de que habia muerto este padre, se creyó en libertad de ponerse en camino, y se dirigió en efecto á Roma; pero desde esta época no se sabe nada de ella. Se conjeturó que habria muerto en el viage. En consecuencia, y verosimilmente á instancias de su ilustre familia, se hicieron muchas averiguaciones, tambien por órden de los primeros magistrados, para descubrir su sepultura, y dar á lo menos á sus restos preciosos la veneracion que merecian. Hasta ahora nada se ha averiguado, y es regular que sean tambien inútiles cuantas diligencias se hagan en lo sucesivo. Sin duda habrá querido el cielo cumplir en toda su estension los deseos de una mortal de que no era digno el mundo, teniéndosela siempre oculta.

3. ¡Cuántos otros prodigios de la gracia podríamos referir todavía, si el plan que nos hemos propuesto permitiese una relacion individual de todos los que solo se obran en el seno de la verdadera Iglesia de Jesucristo! Las puras luces que desde el concilio de Trento no cesaban de esparcirse por los varios órdenes del pueblo cristiano, dirigian tambien las sentencias de los tribunales seculares. Así debe mirarse la reforma de un abuso que hasta entonces no se habia cuidado de corregir, esto es, el decreto eternamente recomendable, con que el primer parlamento de Francia, cediendo por último á los gemidos del pudor, abolió á 18 de Febrero de 1677 las vergonzosas pruebas del congreso, introducidas por el descaro

de las mugeres, y autorizadas por la necesidad de los hombres.

4. A 17 de Febrero del año siguiente, el padre Capisucci, dominicano y maestro del sacro palacio, censuró y prohibió leer, vender ó retener, un librito impreso con este título: *Oficio de la Inmaculada Concepcion, aprobado por el Papa Paulo V, el cual concedió cien dias de indulgencias á los que le rezaren devotamente.* Esta censura, que parecia indirectamente contraria á la Concepcion Inmaculada de Maria, y por consecuencia á la presuncion comun de la Iglesia, puso en combustion á toda la Europa católica. El Emperador escribió directamente al Sumo Pontífice, quejándose de ella.

Respondió Inocencio que se habia prohibido el oficio de que se trataba, porque se le atribuia una indulgencia apócrifa, y se aseguraba falsamente, que habia sido aprobado por Paulo V; pero que la prohibicion no recaia sobre el mismo oficio, el cual se rezaba en la Iglesia desde muy antiguo con licencia de la santa Sede; y añadia que de ningun modo se habia pretendido disminuir el culto de la Madre de Dios, sino antes bien aumentarle en cuanto fuese posible. Bien necesaria era esta esplicacion, porque atendiendo á los términos de la censura, parecia que caia precisamente sobre el oficio, cuya lectura prohibia, y no sobre la publicacion de la indulgencia, de la cual no hacia mencion alguna. No contento con ésto el Pontífice, pensó que era necesario aquietar de otro modo á los fieles. A este fin dispuso, que en



las nuevas ediciones que se hiciesen de dicho oficio, se añadiese en la oracion una palabra que daba á entender cuál era el modo de pensar del Pontífice acerca de la Concepcion de María; esto es, que á los términos de *Concepcion santa*, se añadiese el de *Inmaculada*.

5. La predileccion funesta de los autores de la nueva doctrina con respecto á los padres del oratorio, habia producido por último su efecto. Habiéndolo previsto los superiores, levantaron el grito, aunque en vano, contra estas novedades escandalosas. A 22 de Junio de 1657 habia espedido una circular el padre Bourgoín, superior general, para obligar á todos los padres de la congregacion á firmar la bula de Alejandro VIII y el formulario del clero de Francia; y en ella decia que nadie podia resistirse á hacerlo, sin perder la cualidad de católico, de cristiano, de hijo de la Iglesia, y por consiguiente del oratorio (1). De resultas de esta providencia, salieron ó fueron separados de este cuerpo muchos sugetos, y entre ellos algunos que tenian reputacion. Pero es una impostura decir que eran jansenistas los mejores sugetos que tenia entonces la congregacion.

6. El padre Tomasino, uno de los individuos mas dignos sin disputa alguna, no debe contarse entre los secuaces de las novedades proscritas. Es verdad que siendo jóven; y habiendo estudiado á San Agustin en las compilaciones infieles del partido, habia abrazado las nuevas opiniones. Pero si pudo cometer

(1) *Hist. del Jans. año 1657.*

una ligereza perdonable en su edad, no tuvo el orgullo y la obstinacion que convierten el error en heresia formal. No menos recomendable por su candor y piedad que por su ciencia, luego que vió por la lectura de las obras de San Agustin las estrañas opiniones que atribuia Jansenio á este santo doctor, como tambien á la Iglesia, la cual habia confirmado su doctrina sobre la gracia, no hubo respeto humano que le detuviese para hacer una confesion tan pública, por lo menos como lo habian sido las preocupaciones de su mocedad. Buscó á todos aquellos á quienes temia haber inspirado sus primeras opiniones, les protestó que las habia abandonado como errores esencialmente contrarios á la fe. Las obras que escribió serán un monumento eterno de la realidad y sinceridad de su declaracion. Su compañero y contemporáneo, el erúdito padre Morino, y otros muchos, no se mostraron menos sumisos á las decisiones de la santa Sede sobre estas materias.

7. Aun los que habian sido seducidos por el amor de la novedad, no salieron todos del oratorio, ó á lo menos fueron muy pronto reemplazados por individuos de la misma creencia. Por eso la sesta asamblea general de la congregacion, de acuerdo con el arzobispo de París, en cuya capital se celebró en el mes de Diciembre de 1678, resolvió contener los progresos que hacian en aquel instituto los errores del tiempo; y á este efecto hizo un decreto formal, prohibiendo á todos sus súbditos enseñar la doctrina de Jansenio. Le firmaron la mayor parte de los individuos



del oratorio. Hubo algunos que por respetos públicos se ausentaron por algun tiempo: otros se retiraron para siempre, y algunos abandonaron el reino. De estos últimos fue el famoso padre Quesnel. Habiendo sabido que el arzobispo se disponia á perseguirle canónicamente, se retiró desde luego á Bruselas. El mismo dice, que lo que le incomodó fue que sus superiores prohibiesen toda la doctrina sospechosa de jansenismo y bayanismo: que impidiesen enseñar que las buenas obras de los infieles, como amar y reverenciar á sus padres, son pecados; y que admitiesen gracias suficientes que puedan quedar sin efecto por la resistencia de la voluntad. Retirado de Francia, se abandonó sin reserva á su pasion por la nueva doctrina; y de tal manera señaló su ardor y su amargo celo, que no se encontró despues entre los discípulos de Arnaldo otro mas digno de sucederle en la calidad de cabeza del partido.

8. El decreto de la congregacion del oratorio halló mayor resistencias en las provincias belgas, que en el seno de la Francia. Los padres Bahier, secretario general, y Thorentier, asistente, solicitaron por largo tiempo, y siempre en vano, á sus hermanos de Mons para que suscribiesen á tan justo y piadoso decreto. Respondieron los refractarios sirviéndoles de secretario el padre Quesnel, por lo que se puede ya juzgar cuál seria su respuesta. Decian entre otras cosas, que si querian los superiores reducirlos al estremo, debian esperar ver cuanto antes desmembrada la congregacion. No dejó sin embargo el padre

Thorentier de renovar sus amonestaciones y amenazas, y escribiendo al padre Piquér, prelado de la casa de Mons, espresó sus sentimientos y la amargura de su corazon en estos términos: „¿qué puede darse de mas doloroso y sensible para un superior, que oir á sus súbditos declamar contra un formulario de doctrina aprobado por tantos personages ilustres, y recibido de toda nuestra congregacion, esceptuados dos ó tres individuos, que para hacerse un mérito con un miserable partido han desertado de la Iglesia su madre, en cuyo seno solamente se puede encontrar la salvacion!” Representale despues, tomando á Dios por testigo, que aquellos individuos habian sublevado contra la congregacion á los obispos y á sus vicarios, á las comunidades religiosas y á las universidades; que habian hecho creer con grande escándalo del mundo, que toda la congregacion era jansenista, publicando que no se enseñaba en ella otra doctrina que la de Arnaldo; que habiendo llegado al oficio de visitador un necio falsario, se habia servido de las mas odiosas maquinaciones para esparcir en las casas del oratorio las novedades proscritas; que él mismo habia redactado un prospecto de doctrina para todos los colegios, en el que se mandaba en general enseñar la de Jansenio, y se prescribia particularmente el riguroso jansenismo: en fin, que dicho seductor habia impugnado en muchas conferencias la gracia suficiente, y reducido la libertad al simple voluntario.

Respondiendo otra vez los oratorianos flamencos,